

Nicolás García Mezcuca

**CÁSTARAS**  
*misterio entre aguas y piedra*



ASOCIACIÓN CULTURAL DE CÁSTARAS Y NIELES

2005

© Herederos de Nicolás García Mezcu.  
Edita: Asociación Cultural de Cástaras y Nieves.  
Pie de la Torre, s/n. · 18439 · Cástaras, Granada.  
e-mail: accn@la-alpujarra.org  
Imprime: Anel Gráfica  
ISBN: 84-609-5035-2  
Depósito Legal: GR-902/2005

Diseño portada: Jorge García Madera.

Queda prohibida cualquier forma de reproducción distribución comunicación pública o transformación de esta obra sin la autorización de los titulares del *copyright*.

*A mi madre, Victorina, y a mi abuela, Ana,  
que en sus conversaciones me transmitieron  
tantas y tantas cosas de las que se dicen en  
estas páginas.*

## ENERO

Un Nuevo Año ha entrado.

Hay ánimos de fiesta y reviven las costumbres de los días de Pascua.

Como siempre, Misa Mayor. Villancicos todavía. Trajes de fiesta, que pronto serán guardados solo para los días de las grandes ocasiones.

A la puerta de la iglesia, después de la función religiosa, saludos y deseos de felicidad y de prosperidad en todo el año para todos los presentes y para aquellos que, pasada la Nochebuena en familia, retornaban a sus lugares de residencia.

Nueva concentración en la plaza por la tarde. De nuevo el gallo cabeza abajo colgado a tiro o sable, según el lugar. Vuelta a los higos y al pan de aceite. En algunas casas también buñuelos.

Bailes y un comienzo de año, pasado muchas veces por agua o nieve y siempre con temperaturas que invitaban a la chimenea y a su fogata.

Enero era en general un mes frío y heladero. Las bajas temperaturas hacían congelarse las gotas que caían de los aleros en los días de lluvia formando carámbanos de hielo, allí llamados *chupones*. Este mismo fenómeno se repetía en las pequeñas cascadas de los barrancos en los



*Vista nevada desde Los Corralones. Años 60. (Cortesía de Josefina Rodríguez)*

que corría agua abundante durante el invierno. Algunos años llegó a congelarse el agua de los caños de la fuente.

Raro era el año en que no nevaba copiosamente. Sin embargo, a pesar de la altitud geográfica de Cástaras, al estar resguardado por los cerros colindantes, el clima permitía que hubiera alguna que otra palmera y también algunos naranjos, que lograban soportar las inclemencias del tiempo.

Los días de gran nevada, al salir el sol, proporcionaban un espectáculo digno de contemplarse. Sobre los terrados blancos, blancos, se movían los vecinos con su va-

riopinta vestimenta, afanados en quitar la nieve caída para evitar que el peso de la misma pudiera afectar a la techumbre de la casa. Armados de palas, tablas u otro cualquier instrumento apto para lograrlo, arrojaban a la calle la nieve con rapidez antes que calentara el sol especialmente si ésta no había cuajado bastante.

Al arrojar la nieve de los terrados a la calle, dónde ya había gran cantidad de la misma, se iba acumulando tanto que en algunas nevadas llegó a alcanzar mas de un metro de altura debido a juntarse la de los dos terrados con la de la vía pública. Tanta nieve, endurecida por el frío, perduraba días y días sin derretirse, teniendo que abrir zanjas en medio de las calles para poder transitar las personas y las caballerías. Las caídas eran numerosas y casi siempre con gracia.

El frío seco y duro invitaba a arrimarse al rincón de la cocina cerca de la lumbre para ir atizando la candela a la vez que se percibía el calor del fuego. Si la lumbre se tornaba mortecina para atizarla estaban las tenazas además de un largo canuto de caña para soplarla. También se recurría al brasero formado con las ascuas del mismo fuego o preparado con cáscaras de almendra, carbón o el orujo resultante de la molienda de aceituna en los molinos de aceite que funcionaban en el pueblo.

Los hombres ante la imposibilidad de acceder al campo a causa de la inclemencia climatológica, se refugiaban en las almazaras que trabajaban a tope en la tarea de la molturación y extracción del óleo de las aceitunas. Allí charlaban de sus asuntos, de la política local, del tiempo que pasaron sirviendo al Rey y de los chismorreos, a veces, no muy castos que circulaban por la localidad.

Había dos almazaras. Una situada a la salida del pueblo junto a la *Fuente Vieja*, lugar ocupado posteriormente por la *Clínica* hasta que hicieron la carretera. Era propiedad de la familia Rodríguez Barceló. Abandonada, se re-hizo junto al domicilio de los mismos cerca de *La Placeta*. La otra se ubicaba en la calle que lleva al *Hundidero* y sus dueños eran los miembros de la familia Muñoz Navarrete.

A estas almazaras era llevada la aceituna recogida, muchas veces entre zarzas y maleza, bajo unos olivos corpulentos y elevados crecidos en las orillas de los bancales.

Molturada la aceituna con rulos cónicos de piedra y movidos por la tracción rotatoria de una caballería, se introducía en capachas redondas de esparto que, colocadas bajo la prensa, recibían el estruje a través de una viga de madera de inmensas dimensiones con un husillo que descendía y ascendía impulsado por brazos humanos.

El aceite exprimido caía en el *pozuelo* dónde se escalaba con agua hirviendo y así quedaba depurado para el consumo. Los detritus de la aceituna, ya prensados y convertidos en *orujo*, una vez secos, eran destinados al fuego que calentaba la caldera del agua del mismo molino y también como combustible de mucha fuerza para los braseros.

Este tiempo de frío e inactividad en el campo lo aprovechaban muchos para hacer labores de esparto: pleita, tomiza, espueñas, serones, capachos y paneros para la lumbre.

El esparto, comprado o rebuscado, se ataba en manojos y se *cocía* introduciéndolo durante un largo periodo en alguna alberca o charco grande. Luego se majaba con una



*Inusitada vista del pueblo en la que puede observarse la vieja almazara en la ubicación donde posteriormente estuvo la Clínica. Años veinte.*

maza de encina sobre una piedra llamada *majadera* que había situada en cada uno de los barrios.

Como remate de los acontecimientos pascuales llegaba el *Día de los Santos Reyes* con los mismos perfiles de la Navidad.

En aquellas latitudes no solían venir muy cargados los Reyes. Tal vez por haber recorrido ya su itinerario o porque los camellos no podían resistir lo empinado y dificultoso de los caminos de herradura.

Los invisibles visitantes se acercaban sigilosamente de madrugada a los balcones y ventanas mientras los niños dormían. Encontraban algunos zapatitos de niña y muchas babuchas de niños donde depositaban una naranja, un mantecado o una onza de chocolate. Alguna niña tenía



la suerte de ser regalada con una muñeca de cartón, que duraba años tal vez.

La economía no daba para más. Desde luego los mayores nunca participaban de esta grande generosidad de sus majestades.

Empero, se disfrutaba a lo grande con aquella miseria de felicidad a lo largo del día entero. Recuerdo con gusto el sabor de una naranja encontrada en mis alpargatas que, después de servir como pelota, al caer la tarde, se le practicaba un agujero con el dedo y... a chupar.

No hubo luz eléctrica en el pueblo hasta los años treinta. La velada se pasaba en torno a la fogata sin más iluminación que la del candil. Este permanecía apagado mientras no se hacía necesario para ir de una habitación a otra o hacer alguna faena. La llama de la lumbre era suficiente. Había que ahorrar. Cuando la luz del candil se tornaba mortecina, se despabilaba sacándole un poco la *torcida* o recebando el aceite.

En algunas casas se utilizaba el quinqué. Era más bien un artículo de lujo. El gas o petróleo valía muy caro.

Para salir de noche a hacer alguna visita y sobre todo para ir al campo a regar en horas intempestivas se servían de unos faroles pequeños que apenas iluminaban dos metros a su alrededor.

Ocasionalmente y en días de mucho frío, motivados por alguna enfermedad o necesidad perentoria de personas extremadamente pobres, algún vecino *salía con la cesta*. Iba con ella solicitando una ayuda para la persona necesitada. La mayor parte de los donativos eran pequeñas dádivas en especie. Una forma humilde de hacer caridad *por amor de Dios*.

En la noche del 15 de enero, víspera de la festividad de San Antón, patrón de los animales, reunidos varios vecinos en la calle, se encendía un *chisco* o fogata con leña y trastos viejos e inservibles para implorar del santo que *no se muriera el lechón*. Esta misma costumbre se repetía el 25 de julio, víspera de santa Ana para que *no se muriera la marrana*. Tanto el lechón como la marrana eran tesoros preciados que había que preservar de todo mal, pues implicaban la sustancia de un año entero para el sustento.

Dichas hogueras proporcionaban un rato divertido de distracción, calentándose en torno y moviéndose de un lado para otro según soplaban el viento para soslayar el humo y las pavesas de la ceniza.

En 1930 o 1931 se instaló una fábrica de electricidad en el molino de Fausto García, en la *Fuente Baja*, aprovechando el agua proveniente del barranco y del mismo manantial de la fuente.

La construcción del edificio, la traída de tuberías, motores y piezas e instalación de los mismos fue un acontecimiento más que extraordinario. En él colaboraron muchos empujando o tirando de una *zorrilla* sobre la que posaban los artilugios. Transporte algo difícil por el tamaño y peso de las diversas piezas por aquellos caminos y vericuetos.

La fábrica se inauguró un ocho de diciembre, fiesta de la *Purísima* poco antes de la procesión. La bendijo el párroco y actuó de madrina la señorita Pepa Caballero Ruiz, hija de un notable vecino que, de aquel hecho, tomó la idea de irse al pueblo de Ferreirola, en la taha de Pitres, para instalar allí otra fábrica en el río Trevélez. Lo consiguió y también su muerte. Apuñalado, murió en el Em-

bovedado de la ciudad de Granada cuatro años después. Desavenencias, probablemente económicas, llevaron a que el ingeniero montador de ambas fábricas llegara al extremo de asesinar a su socio capitalista.

En la inauguración de la fábrica se sirvió un pequeño refresco. Una vez llenos los tubos de conducción para dar agua a la turbina, se resquebrajó el depósito de distribución y hubo que hacer una reparación urgente con cemento rápido.

La luz llegó al pueblo minutos antes de iniciarse el recorrido procesional. Los niños que portaban los ciriales, encabezando las filas de los concurrentes, iban dando carreritas mirando de portal en portal si había llegado hasta ellos el fluido eléctrico.

Contadas eran las personas que viajaban a la capital de la provincia. Solo en caso de enfermedad se emprendía viaje. Era necesario desplazarse en caballería o andando hasta la *Venta Melón* en las cercanías de Órgiva, donde se aguardaba la llegada del autobús, la *Alsina*, que procedente de Albuñol se dirigía hasta Granada.

Sólo tenía viaje fijo anualmente el secretario del ayuntamiento que se desplazaba para entregar a los nuevos quintos para el servicio militar. En uno de aquellos viajes, concretamente el año 1926, me tocó en suerte acompañar a mi padre, que en aquel entonces ejercía ese cargo en Cástaras.

Se desayunaba un trozo de pan con tocino u otra engañifa. La leche era destinada a los niños pequeños y a los enfermos. Al medio día se comían las migas o gachas como plato fuerte y único con algo que ayudar, especialmente bacalao asado o arenques, llamadas *espichás*. Por la noche habitualmente el *puchero* o potaje cocidos a

fuego lento desde la hora de la comida en que se *arrimaban* a la lumbre. La merienda era algo inusual: a veces un pedazo de pan con o sin miel.

En algunos días festivos se mataba un conejo, rara vez un gallo, y con ellos se cocinaba un arroz, cosa que también se hacía cuando salían los caracoles en días de lluvia. Los otros tipos de carne esperaban hasta las fiestas de San Miguel.

Nunca llegué a explicarme cómo, a pesar de tanta penuria, podía disfrutarse tanto de las cosas más triviales. Tal vez por el desconocimiento de la existencia de otras. Empero, aún ahora, se recuerdan aquellos momentos con regusto y añoranza.